

CAMPA DE SANTIAGO, CAMPO DE MARTE

Por Vicente de Lerins

"Con el todoterreno llegas bien hasta el primer pontón", nos advirtió Carlos antes de la salida. Y así fue, aunque no necesario, pues se llega perfectamente en coche turismo hasta la misma entrada de Colinas del Campo, pues allí mismo, a la entrada del pueblo, dos señales de circulación a cada lado de la carretera prohíben el paso rodado a forasteros, despistados y atrevidos. Una amplia explanada, listada con franjas diagonales blancas, a modo de aparcamiento invita a dejar estacionado el vehículo sin ir más lejos.

Colinas del Campo de Martín Moro Toledano -que así de largo bautizaron esta aldea- es un precioso pueblo situado al noroeste de la provincia de León, dentro de la comarca natural de El Bierzo, y al pie de las sierras de Gistredo y Cilleros de elevada altura. Era un pueblo afanado en una agricultura de fondo de valle, fértil con muchos pastizales para la ganadería, vacuno especialmente. Pudo ser un centro prerromano; romano dicen que seguro por el asentamiento en las cercanías de explotaciones auríferas. Al parecer Martín Moro era un general de las tropas de Almanzor que llegó y se instaló por estos lugares dando origen a la toponimia actual. Más contradictoria parece ser la leyenda de su expulsión y reconquista por Ramiro II. Por el contrario, sí parece certificado que los habitantes y descendientes de este pueblo gozaban del privilegio real de estar exentos del "servicio de armas". Más tarde los Templarios se asentaron en sus cercanías.

Hoy Colinas es un pueblo pintoresco, edénico, con casas viejas restauradas, remozadas o reconstruidas, con macetas de pequeñas flores violetas, blancas y amarillas en los alféizares de las ventanas, con bellas casas rurales en alquiler, una piscina natural bajo el puente y con más de cuatro bares o mesones para el descanso de los caminantes que suben en excursión al pico Catoute (la

mayor elevación de El Bierzo con sus 2117 metros) hacia el oeste, o aquellos que van a Campo de Santiago hacia el norte. Colinas es un pueblo aislado, terminal, un lugar adonde hay que ir expresamente. Como nosotros, que llegamos pronto, a la mañana y después de estacionar el coche nos dirigimos al pueblo. Todo el que entra en Colinas lo hace pasando bajo el atrio porticado de la ermita del Santo Cristo, un doble arco de lajas de pizarra, techado y con espadaña en el lateral adosada o formando parte de la ermita, pues podría ser de cualquier manera. Es, desde luego, una cálida bienvenida, que nos parece una reminiscencia de aquellos arcos triunfales donde en otros tiempos los romanos del Imperio recibían a sus generales victoriosos; o a los arcos de las murallas medievales de paso obligado, trocados en peaje y cobro de impuestos más tarde. En nuestro caso nadie nos exigió nada, sino nosotros mismos que habíamos hecho la sana promesa de visitar las fuentes del Boeza. Se entra al pueblo por la calle del Rollo, una calle recientemente enlosada con losas de piedra blanca hasta el puente sobre el río Boeza. Pronto aparecen pilones de agua, bares y mesones, dispuestos a lo largo de las diferentes rutas. Queremos comprar pan, pero un hombre mayor, seco y con el pelo ceniciento nos explica que el panadero, que viene desde Noceda, había pasado ya y no volvería hasta el día siguiente.

Aprovechamos para ver la iglesia parroquial; Bonito pórtico reconstruido, con tres arcos de piedra desiguales, ojival el central y de medio punto los laterales, una verja de hierro y la rosca de la portada de la iglesia pintada en un azulete que le resta elegancia a la gracia de la piedra. Al interior un elegante retablo neoclásico. En la plaza de la iglesia hay otro bar y vehículos aparcados, son modernos y están personalizados, quizás de residentes veraniegos, con matrículas foráneas: Suiza, Canarias, Madrid, Francia, Barcelona...Volvemos al puente, restaurado también, bajo el cual hay una pequeña piscina natural con el agua remansada donde unas truchas se solazan.

Salimos para el Campo de Santiago por un camino carretal continuación de la calle del Rollo que discurre por la margen izquierda del río Boeza. En el camino se aprecian leves vestigios de haber sido enlosado superficialmente en otro tiempo pasado. A las afueras del pueblo, en el lugar donde el Boeza recibe al río Susano por la derecha, hay restos de explotaciones de oro, quizás romanas; desde el camino se ven mirando al río pastizales, choperas y nogales; en el monte, con buena capa vegetal, abunda el monte bajo de roble, escoba y brezo, con algunos nogales; a la izquierda la Cruz del Barreiro, una mole de roca pizarrosa imponente, vetada y que cuelga sobre el río; en la parte umbría y lateral del camino helechos, zarzas, culantrillos, escaramujos y diferentes herbáceas muy crecidas y verdes, el camino está encharcado a trechos, justo donde coinciden los desagüaderos de las vaguadas. A veces el agua está encauzada por la cuneta para el riego de los prados, otras surgen fuentes que caen desde la altura del corte del camino encañonadas en piedras cóncavas, toscos canalones o en las cortezas ahuecadas de los árboles dispuestas como tejas. Hay

un rumor permanente, una melódica y agradable sinfonía que viene desde abajo, desde el río, y que nos acompañará siempre hasta su nacimiento. No vemos animales ni tierras cultivadas en el monte, sólo un colmenar con media docena de colmenas modernas en la ladera opuesta y mimetizadas con ella, dan una nota de vida y color en este tramo. El río va encajado y el valle se estrecha. Un aguilucho sobrevuela el valle Cebolledo. Más adelante "El Paleiro" bosque con acebos y tejos, es una zona escarpada con picos desnudos o grisáceos de pizarras desprendidas.

Fresnos, alisos y salgueros (sauces) desplazan en el valle a los constantes álamos, que si aparecen más tarde, lo hacen de forma esporádica. Llegamos así al primer pontón de madera que nos forzará a cambiar el camino por senda y márgen, subiendo después de cruzarlo por la derecha. El leve y ligero puente está construido de circunstancias y consta de tres troncos de roble no muy gruesos de un lado a otro de la orilla sobre el que van claveteados unos troncos que forman el piso del pontón. Este primer pontón obliga a cambiar el vehículo todo terreno por el "coche de San Fernando", "y Carlos tenía razón, se puede llegar con todoterreno exactamente hasta el primer pontón". Pequeñas cascadas y rápidos en el río, mientras la senda que seguimos es en realidad una trocha de balastro, donde el caminar es difícil; en ocasiones, la senda corta a tajo las esquinas rocosas de los montes adyacentes, el río no se ve, va encajado y cubierto de vegetación allá en el fondo. A la altura de El Payón, otro pontón idéntico al primero nos obliga a cambiar de ladera, ahora en la contraria se disfruta de una hermosa vista: Son Las Quejidas de los Fragadales, peladas como una muralla roquera con chorretones ocre de pasto agostado entre cascajales o guijos de piedra. Acebos, serbales, arándanos, abedules y avellanos aparecen en estas altitudes, también cólchico, caprichoso y salteado en la misma senda, y genciana más arriba. Mariposas de vistosos colores y otras mas parduscas, casi negras con topitos blancos laterales. Saltamontes del color de la tierra que saltan alegres a nuestro paso desplegando unas alas azules y translúcidas. Corre el Boeza alegre, sonriendo como un niño recién nacido, impetuoso y encajado por el cañón . De pronto en una revuelta de la senda nos topamos con la vista de una iglesia. Llevamos andando más de dos horas. Al acercarnos a la ermita vemos a nuestra izquierda la impresionante pradera alpina del Campo de Santiago. Una cubeta glaciar rodeada de majestuosos picos de dos mil metros de altitud. El placer para la vista, el silencio y recogimiento, la sensación de remanso de paz han merecido el esfuerzo del camino. Aquí nace y da sus primeros pasos el río Boeza y lo hace ya con ímpetu guerrero partiendo en dos este Campo por su longitud mayor , y es que de guerreros Templarios está cuajado el Boeza. Cuentan que en este Campo de Santiago se libró una batalla entre las tropas cristianas que venían del norte y las sarracenas que vivían al sur. Tan igualado debió de ser el combate, que para ganar los cristianos tuvieron que ser ayudados por el mismísimo "Trueno", el Apóstol Santiago Matamoros que descendió en su blanco caballo en ayuda de los

suyos. En su honor elevaron esta ermita y dieron nombre a la llanura: Campo de Santiago, aunque también se conoce como Campo de Martín Moro, fruto y reflejo de la amalgama de este País.

Así nos deja el río Boeza otra incógnita más en su nacimiento, pues sumará hasta cuatro a lo largo de su vida: Los Templarios que vigilaron su nacimiento y muerte, La exacta situación de la ciudad romana de "Interamnium Flavium" y del pago medieval de Pomboeza.

Vicente de Lérins, Agosto de 2005